

La Habana ambigua

Aproximaciones personales

Emilio García Montiel

LA MAYORÍA DE LAS PERSONAS QUE CONOCÍ EN LA HABANA ENTRE EL VERANO de 1995 y la primavera de 1997 dieron, no ya en suponer, sino en aseverar, que yo vivía en el barrio de El Vedado; la justificación era simple: tenía *tipo* de ser de El Vedado. Nunca, hasta ese entonces, había imaginado tener *tipo* de ser de El Vedado ni de ningún otro barrio, o, al menos, nadie me lo había dicho.

Fuera de cierta clasificación de las frases de moda de acuerdo con los barrios en que se utilizaban, explicada por un conocido hacia finales de los años 80, no creo recordar otras manifestaciones contemporáneas de esas identidades barriales, como, tampoco, reconocimiento alguno de su existencia. Las comparsas en los carnavales habaneros o las canciones de elogio a los barrios, por muy recientes, no responden sino a una conocida tradición, que excede, obviamente, el ámbito cubano. Si bien parece elemental el admitir que cada barrio comporta una mínima entidad cultural, una perspectiva crítica de la cultura urbana conllevaría el discernir si esos rasgos con los que se continúan caracterizando ciertos barrios habaneros implican una mera reiteración —acaso en tanto que resistencia local implícita a la aparente homogenización sociocultural, o en tanto que legitimación de tradiciones dentro de una política oficial de «rescate» de identidades— de lo que, desde antiguo, señalaba o compulsaba la pertenencia, o si resultan, efectivamente, una continuidad de esa tradición o, en todo caso, hasta qué punto ambas condicionantes son articuladas dentro de una nueva caracterización territorial. También, si existen nuevas prácticas culturales locales —más allá de los lógicos cambios contextuales que describen las letras de las canciones— o, incluso, un recrudecimiento en la legitimación de las diferencias entre barrios a partir de los pretendidamente desaparecidos imaginarios raciales y económicos. Cuando se escuchan las composiciones sobre los barrios de hace más de medio siglo, ¿se escuchan como pasado o como presente? ¿Adónde nos lleva, en este sentido, una pieza como «El solar de la California», de Isaac Delgado? ¿Sigue siendo posible ubicar esa «En la alta sociedad», que interpretaba María Teresa Vera, dentro de la misma geografía urbana en que se hubiera ubicado antes?

Igualmente, parecería elemental el asumir que desde 1959 las identidades de los barrios han sido determinadas por nuevos indicadores. Cambios, ¿pero desde

qué punto de vista? Las columbinas que pintaba el gran Acosta León, quien toda su vida vivió en solares, siguieron siendo una realidad más allá de 1964¹, y se reconocían como pasado sólo teóricamente. Los más altos niveles educacionales que puedan convivir en un solar o en una cuartería no son equivalentes ni a un mejoramiento en la calidad de vida ni a una sustancial modificación del espacio habitable. Podrían argüirse la presencia de casas de cultura o las remodelaciones con participación de los habitantes, como transformaciones que evidencian, o bien un sincero esfuerzo, o bien todo lo que el discurso oficial justamente evidencia. La socorrida *recuperación* de las prácticas culturales es, en su propio concepto, la consecuencia de un esencial olvido, cuando no, de la urgente construcción de un espacio turístico. Olvido, o más bien indolencia, que hizo desaparecer por falta de mantenimiento viviendas de muchísima mejor calidad constructiva que aquellas que utópicamente las sustituirían, y que, en la larga espera por los materiales que abastecía el Poder Local, ha dejado las restantes a merced de una cada vez más inaccesible *gestión individual*, un eufemismo para ese *resolver* cubano que, sobre todo, en el sector de la construcción, supone el robo a la propiedad estatal. Y soluciones que nunca lo fueron: las asambleas de barrio para *eleva*r peticiones de mejoras urbanísticas al Poder Popular. Barrio nuevo, o casi nuevo, Alamar: todo lo que usted nunca querrá saber sobre urbanismo y ni siquiera se atreverá a preguntar. Cambios siempre matizados por las consabidas «dificultades» y por la conminación a equiparar la «buena voluntad» del Gobierno con su capacidad ejecutiva. Cambios que, a fin de cuentas, no parecen haber conformado esos utópicos contextos espaciales modernos de equidad y bienestar socialista para explicar el porqué, a más de cuarenta años de *cambios*, todavía yo tuviera *tipo* de vivir en la que, desde hace más de medio siglo, sigue siendo la zona más moderna y codiciada de La Habana.

Existe, por supuesto, dentro de cada barrio, la tradición de una memoria. Nací y crecí en El Cerro, a una cuadra de la Esquina de Tejas, límite de dos barrios populosos, El Pilar —de la Calzada de Monte hacia la Calzada de la Infanta— y Atarés —hacia la Calzada de Diez de Octubre²—. Los de El Pilar, con apenas diez años de edad, repetíamos: «El Pilar siempre ha sido tranquilo, pero Atarés es malo». Ciertamente, caminar por Atarés implicaba caminar con algo de temor e imaginábamos que era preferible no cruzar la Calzada de Monte, salvo para ir al extinto cine Guisa, en la esquina de la calle Fernandina, o al *frozen* de al lado. En verdad, no había menos *guapería* en El Pilar que en Atarés, pero la idea de estar en barrio propio era mucho más reconfortante. Desconozco, sin embargo, el origen de ese *siempre*, esa decidida inmutabilidad con la que caracterizábamos a cada uno de *nuestros* barrios cuando apenas teníamos memoria, y que tal vez podría ubicarse en los estereotipos de viejas rivalidades —acaso en relación con su anterior función de instancias administrativas de la ciudad— o en unas muy concretas circunstancias psicosociales. Rivalidades que, en mi infancia, se redujeron, básicamente, a enfrentamientos de béisbol *al duro* con equipos más o menos improvisados.

La única diferencia que realmente aprehendía era espacial. Las calles de Atarés eran bastante más estrechas que las de El Pilar y contenían los tramos

más angostos de la calle San Joaquín, lo que se ponía críticamente de manifiesto con los ómnibus que iban hacia El Vedado y La Habana Vieja. Según mi madre, «desde la época de Machado» existía la idea de ampliar la Calzada de Infanta (paralela a San Joaquín) en el tramo de la Esquina de Tejas hasta la calle Zequeira —únicas dos cuadras, desde toda la Calzada de Diez de Octubre hasta la calle 23, en el Vedado, donde el tránsito vehicular iba en un sólo sentido—. Como tal idea nunca se ha llevado a cabo, los ómnibus y autos aún tienen que desviarse por la calle San Joaquín con el consecuente peligro para pasajeros y transeúntes. Tal vez siga de testigo el poste del señalizador en la esquina de San Joaquín y la Calzada de Monte, siempre enderezado y siempre vuelto a torcer por el impacto de los vehículos.

El Pilar, por el contrario, contenía los tramos relativamente más amplios de la calle San Joaquín, y un trazado que, salvo por ciertos callejones, siempre reconocí mucho más regular. Estaba —está— la iglesia de El Pilar, cuyos sobrios muros y cuyas calles aledañas —que no sé bien por qué siempre recuerdo vacías— daba en imaginarlos como un delicioso espejismo medieval. Y también el amplio parque de la Escuela Normal de La Habana (*el parque del anormal*, como se pronunciaba), y, a la misma altura, en la Calzada de la Infanta, el símbolo de uno de los deseos infantiles que se fue desvaneciendo: la fábrica de refrescos Canada Dry, todavía *la Canada Dry* para los mayores. Había, por supuesto, como en el resto de la ciudad, muchos otros espacios públicos, caracterizadores de épocas pasadas, que fueron desapareciendo; o bien fueron clausurados y cambiaron sus funciones, o bien fueron precariamente reconstruidos o rebajados a solares yermos. Junto con algunos anuncios, eventualmente lumínicos, que penden sobre la acera, los dignos sobrevivientes de todo ello, si bien en estado lamentable, son los hermosos suelos de granito en los soportales, y las teselas y las franjas de oropel con las que se incrustaba el nombre de los establecimientos comerciales. La problemática no se halla, obviamente, en las transformaciones inherentes a los procesos urbanos, sino en el modo en que éstas suceden, y en la ausencia de una cultura donde los conceptos de tradición y conservación sólo parecen remitidos a espacios protagónicos o de inmediata solvencia económica.

La Esquina de Tejas conforma uno de los nodos más importantes y concurridos de la ciudad. Menos por los servicios que ofrece que por su densidad poblacional y por su función de trasbordo hacia otros municipios de La Habana. Población que ha aumentado desde hace dos décadas luego de la construcción de dos enormes edificios de apartamentos que han ayudado a congestionar aún más la zona y a terminar de destruir los añejísimos drenajes subterráneos, con la consecuente aparición de unas nunca bien reparadas furnias. Allí, dos avenidas se intersectan y se convierten, nominalmente, en cuatro: la Calzada de Infanta, que viene desde El Vedado, cambia su nombre a Calzada de Diez de Octubre (unas pocas cuadras después está el hermosísimo hospital de la Quinta Dependiente y, ya en el actual municipio de Diez de Octubre, el olvidado *art déco* de las residencias que continúan hasta la zona de La Víbora), mientras que la Calzada de Monte, que nace en La Habana Vieja, se transforma en Calzada del Cerro

(comienzo de las grandes casas quintas que identificaran parte de la zona desde principios del siglo XX, y que tienen sus más elogiados ejemplos en el hospital de la Quinta Covadonga y en el actual Asilo de Santovenia). Creo que, difícilmente, alguien que diga vivir en El Cerro sea imaginado dentro del rico contexto visual de estos y de otros muchos hitos *republicanos*. Más bien, a través de un presente de aglomeraciones peatonales, casas ruinosas, y calles polvorientas y enfangadas, agobiadas por el humo y el ruido de un tráfico incesante, y por un *ambiente* que no se vacila en calificar como peligroso o marginal³. ¿Dónde termina el pasado y se inicia el presente? ¿Es aplicable el término *tradicción* únicamente a lo que se supone que se debe preservar o también a una realidad, en todo sentido, que no cesa de repetirse? ¿Cómo es el *tipo* de los que viven en El Cerro?

Probablemente, parte del actual imaginario habanero sobre el barrio —donde la memoria histórica y las particularidades intrínsecas aparecen diluidas, cuando no borradas, por un presente que lo generaliza como «la barriada del Cerro»— responda no sólo a los procesos urbanos internos o a los cambios jerárquicos en relación con las diferentes funciones de los barrios dentro del conjunto de transformaciones modernas de la ciudad, sino también a un sensible estancamiento en el mejoramiento de la calidad de vida de la zona, acaso condicionado tanto por la falta histórica de acciones concretas para una recuperación sostenible, como por un razonamiento de la cultura urbana prácticamente limitado a aquellos entornos entendidos como *patrimoniales*. Sucederá lo mismo con la descripción de otros espacios visionados desde la perspectiva de los principales centros de funcionamiento o representatividad moderna de la ciudad; una perspectiva no constreñida a la representación individual que sobre el resto del territorio construyen quienes habitan esas zonas, sino articulada en ese permanente imaginario dicotómico —nunca restringido a una mera delimitación geográfica— entre centro y periferia. La problemática remite a un fenómeno admitido tácitamente, pero evaluado, todavía, de un modo muy tangencial y básicamente anecdótico: las diversas manifestaciones de la pluralidad de La Habana; la identificación de los espacios por su memoria específica y no por su importancia dentro de la construcción de espacios simbólicos.

Si se acepta esta pluralidad, es imprescindible comprenderla como un fenómeno de la ciudad toda y no únicamente como la diversidad que ocurre dentro de los espacios legitimados en el discurso cotidiano y en el discurso histórico. Sería necesario releer, desde todas las perspectivas posibles, los estereotipos y la invención de tradiciones con que se han entendido y aún se entienden esos espacios simbólicos, y ubicar, al mismo tiempo, la diversidad que subyace en el resto. Despojarse de semejante compartimentación implicaría también el reconocimiento de cada uno de los barrios en su diacronía, en los sucesivos barrios que han sido a través de su desarrollo y en los diferentes imaginarios locales que esto ha conllevado. Implicaría procurar la identificación del proceso que realmente los caracteriza, o hubo de caracterizar, más allá del territorio y de las delimitaciones administrativas.

Aunque desde la corrección política oficial pueda esgrimirse que tal pluralidad nunca ha dejado de ser tomada en cuenta, evidentemente, la perspectiva

del análisis no se corresponde con *la buena voluntad*, ni con el tratar de demostrar que *sí se han hecho cosas*, sino con un razonamiento consecuente del proceso, imposible —al menos en todas sus dimensiones— desde las posiciones del actual Gobierno, ya que ello implicaría, entre otros subtemas igualmente controversiales, el cuestionamiento de las relaciones espaciales del poder político. De atender a la manera en que Alejo Carpentier explica La Habana de comienzos del siglo xx como «la cantidad de pequeñas ciudades encajonadas en la ciudad mayor» (la mexicana, la norteamericana, la china)⁴, podríamos atisbar las inexploradas posibilidades que tales análisis encierran, no necesariamente confinados a la presencia extranjera, a pesar de que tal presencia siga siendo, ahora debido a diferentes circunstancias, parte de la problemática. Otro ejemplo de las numerosas posibilidades para reconocer esta diversidad urbana, así como para caracterizar espacialmente un período determinado, es el inusual recorrido que rememora Eliseo Alberto Diego en su *Informe contra mí mismo*, a través de los diferentes lugares o zonas donde, durante la década del 70, se vendían cierto tipo de alimentos: «No había mucho, pero si buscabas por aquí o por allá, había. Algo había. Algo. Había caramelos en el Zoológico de 26. Galletas con queso crema en el Parque Almendares. Coctel de ostiones en San Lázaro e Infanta. Panetelas borrachas en el Ten Cents (...) Haber, había»⁵. Del mismo modo, podría analizarse la ciudad a partir de cualquiera de las constantes de sus prácticas culturales, bien sean los espacios simbólicos del poder, los espacios de ocio o los modos de reapropiación del pasado. Tomar a la ciudad, más que como texto, como la construcción de una cultura sensorial y de memorias implicada en la cultura mayor a la que pertenece, explorarla a partir de sus prácticas de vida cotidiana y sus imaginarios, concebirla no únicamente como historia, planeación urbana o arquitectura, sino como todo lo que la cultura urbana implica, supone formular no únicamente el ambicioso y necesario trabajo de sucesivas historias culturales de La Habana, sino discernirla, ante todo, en su verdadera vitalidad. No otra cosa subyace en las cafeteras, las guaraperas, los carros, las columbinas y los diversos objetos del ambiente moderno habanero que caracterizan la excepcional obra de Ángel Acosta León.

Si bien —oficialmente— las reconstrucciones de viviendas en zonas céntricas o *coloniales* de la ciudad, o los varios y recientes álbumes fotográficos sobre la arquitectura y la vida habanera, o la provechosa industria de la Oficina del Historiador de la Ciudad podrían sacarse a relucir como una acción visible en ese sentido; en realidad, la inscripción de las memorias locales en la memoria total de la ciudad aún se mantiene marginada. Soy testigo de que mis padres pueden reconstruir buena parte de lo que existía en la ciudad *partiendo siempre desde donde han vivido*; lugares y prácticas de vida cotidiana que, por supuesto, no aparecen en los libros; una reconstrucción que, sin duda, muchos otros habaneros podrían relatar a su modo. Si la documentación y la literatura han resultado hasta ahora imprescindibles para analizar La Habana, también debiera serlo la recuperación de esas memorias y la elección del componente humano como fuente fundamental. El modo en que los transeúntes cubanos recorren, por ejemplo, un centro tan conocido como la Plaza de Armas y sus alrededores contiene una

información no documentada que permite verificar la zona dentro de la *realidad* de sus funciones tanto para el actual panorama sociopolítico como para el espacio total de la ciudad. Podría decirse que es apenas ahora cuando parece articularse una voluntad teórica en este sentido, y cuando parece comenzar a estructurarse, para el contexto cubano, una metodología sobre la construcción de la cultura urbana contemporánea⁶.

Con respecto al barrio de El Vedado, éste sigue siendo la zona más moderna y *chic* de La Habana y nada parece aún sustituirlo. Probablemente, todavía un modelo de apartamento como el del protagonista del filme *Memorias del subdesarrollo*, en el edificio Focsa⁷, siga constituyendo uno de los más caros ideales en cuanto a espacio habitacional, un ideal concretado internacionalmente en la década del 50 como derivación —hacia el consumo y el confort de la clase media y media alta— de las iniciales propuestas racionalistas, y tan ácidamente criticado por J. G. Ballard como proyecto utópico, tanto en la consecución de una convivencia fraternal como de una identidad de estatus burgués. Aunque Tomás Gutiérrez Alea, director de la cinta, explicara reiteradamente sus propósitos de crítica hacia ciertas «actitudes» burguesas, las connotaciones de comodidad y «buen gusto» moderno, tanto de este edificio como de otros —si no semejantes, al menos proyectados dentro de los mismos principios— poseen, especialmente para el contexto cubano, una lectura más independiente. A las conocidas determinantes ideológicas, socioeconómicas y legislativas que han impedido durante más 40 años no sólo la aparición de espacios urbanos y habitacionales relativamente equivalentes⁸, sino también la aspiración a ello, parece corresponder una inmovilidad en el imaginario de confort con que se asumen ciertas zonas de la ciudad. Podrá problematizarse El Vedado *ideológicamente*, pero lo que probablemente no haya podido revertirse es la propensión a asumir la ciudad dentro de una ideología más dependiente de aquella que animaba a El Vedado que de la que, aparentemente, hubo de sustentar cualquiera de las zonas habitacionales construidas durante el período revolucionario, ninguna de las cuales ha llegado a constituirse en un contrapeso plausible para ese imaginario de *modernidad*, aún percibido como utópico, representado por El Vedado.

Durante los cuatro años que viví en Tokio, entre 1997 y 2001, tanto japoneses como extranjeros —latinoamericanos, y latinoamericanos de izquierda incluidos— daban por sentado mi pertenencia a la clase alta o a la clase media. Por más que en la mayoría de los casos se reconocieran como simpatizantes de los supuestos políticos de la Revolución Cubana, su conocimiento de la realidad de la Isla no rebasaba el imaginario de esos supuestos. Mis argumentos por evidenciar mis orígenes —tanto en lo personal como en lo social— eran inevitablemente desestimados a partir de dos premisas de fe, basadas, evidentemente, en las propias experiencias de mis discípulos dentro de sus países y, probablemente, en un asumido estereotipo de *lo cubano*: o bien estaba mintiendo —nadie con mi apariencia, mis modales y mi educación (los tres factores siempre conjugados) podía provenir de una clase de bajos recursos económicos— o bien, sencillamente —acaso con el propósito de dar una imagen virtuosa de mi país o acaso por mis propias limitantes clasistas—,

estaba generalizando contextos que sólo podían pertenecer a estratos privilegiados. En este sentido, muchos de los japoneses que dieron en tener interés en Cuba —especialmente a raíz de la popularidad del filme de Wim Wenders, *Buena Vista Social Club*— estaban convencidos de la existencia de un racismo extremo, y uno de los argumentos más comunes era el de la mayoría blanca en las fotos de los miembros del Comité Central del Partido.

En agosto de 1992, mientras cruzaba el Parque Central de La Habana, un jinetero me preguntó: —«Amigo, ¿italiano o español?»—. «De La Esquina de Tejas», respondí. A partir de entonces, tanto como fui de El Vedado, he sido —así en la Isla como fuera de ella— de cualquier otro país. No soy, obviamente, el único cubano que más de una vez haya sido confundido con un extranjero luego de la gran apertura del país al turismo en los inicios de la década de los 90; sin embargo, la persistencia —y también el desagrado— por devenir objeto de tales equívocos me hizo suponer que quizás algo de cierto había en ello, y que más allá de una estereotipación de fenotipos (tanto por parte de los extranjeros como de los cubanos), en realidad, yo dejaba traslucir mi cansancio de estar en La Habana y mi casi total desinterés por lo que allí sucedía.

El tema de los turistas es también el tema del cambio económico, así como de subsecuentes reformulaciones en los atributos de prestigio social —incluyendo el nuevo estilo de empresarios oficiales—, y que me atrevería a definir como contextos legitimadores para el resurgimiento o la reactivación de valores y comportamientos que apenas unos años antes hubieran significado una sanción irrevocable. Aparte de El Vedado y Miramar, el espacio más importante dentro de este contexto es La Habana Vieja. Si algo se ha invertido verdaderamente en la ciudad, es la percepción de este centro. No únicamente por la reconstrucción del casco histórico, por sus condiciones de excepcionalidad administrativa, o por haberse convertido en el rostro de la ciudad hacia el extranjero, sino porque ha devenido mercado *donde se mueven los dólares*. Sus habitantes estuvieron deseosos de abandonarlo hasta la aparición de los turistas⁹ y la refuncionalización de las reconstrucciones (tanto por servicios para el propio turismo, por evidencia de soluciones coherentes en reconstrucción e integración comunitaria de centros históricos, como por la construcción de una nueva imagen urbana legitimadora del sistema sociopolítico). Más por las ganancias económicas al margen del sueldo oficial que prometían los primeros y menos por la cualificación zonal que provenía de las últimas (que, a fin de cuentas, no iban a ser sino un entorno propicio para ese particular movimiento económico), una parte de la población del casco histórico prefirió mantenerse en las deplorables condiciones de las cuarterías y solares en que habían estado viviendo, antes que aceptar los nuevos apartamentos, lejos de la zona, a los que se les instaba a mudarse por la propia necesidad de las obras. Si bien los trabajos de reconstrucción, las regulaciones administrativas especiales y las obras sociales permitirían presentar el casco histórico y otros sectores aledaños como la convivencia entre la recuperación de pasado y el mejoramiento sostenible de la calidad de vida, no es menos cierto que la zona también ha devenido símbolo de una controversial equivalencia que evade tales propósitos: *lo extranjero igual a lo futuro*.

Pero La Habana es también otros muchos lugares: sin dólares, sin turismo, sin reconstrucciones y sin reparaciones; lugares que por su implicación en el razonamiento de la cultura urbana sería muy factible considerarlos *vírgenes*. Como generalmente sucede, es la inmediatez del periodismo la que parece abarcar —siempre dentro de los límites de crítica admitidos por las instancias oficiales— la más sustanciosa información acerca de todo tipo de sucesos dentro de la ciudad¹⁰. Sin embargo, la recomposición de esas informaciones en análisis consecuentes de los procesos urbanos todavía parece preterida. La memoria urbana, es evidente, no se limita al pasado, sino que incluye un presente entendido como susceptibilidad de cambios e, igualmente, los imaginarios de futuro; cambios que, dentro del panorama cubano, han estado sujetos a una muy aleatoria toma de decisiones, especialmente para aquellas zonas con las que no se construye simbolismo alguno. Aunque ciertos entornos habaneros ofrezcan sensación de inmovilidad, no es ninguna novedad que el espacio urbano no deja de transformarse: en su visualidad, en su percepción, en sus habitantes, en su lenguaje, en su uso; en las zanjas que se cierran y se vuelven a abrir, en los anuncios oficiales o particulares, en las vicisitudes del transporte, en lo que se dice en la esquina (esa *esquina* tan importante en el barrio cubano y tan desconocida para los análisis de visualidad y proxémica urbanas), en lo que se vende y lo que se compra, en lo que se viste y lo que se come. Se necesitaría una perspectiva muchísimo más desprejuiciada —tanto en términos ideológicos como metodológicos— para que esas zonas y esos barrios sean reconsiderados con propiedad dentro de los trabajos constructivos y teóricos, y para que generen los recursos que contribuyan a la consolidación de su propia autonomía cultural.

NOTAS

1 Año de la muerte de Ángel Acosta León.

2 Junto con el colindante barrio de Villanueva, Atarés, El Pilar y El Cerro ya habían desaparecido como entidades administrativas y, con independencia de que en la memoria de sus habitantes aún persistieran antiguos límites, la zona pasaría a ser habitualmente denominada como El Cerro.

3 El famoso Estadio Latinoamericano tampoco escapa de ello; también por otros motivos: más de una vez me preguntaron que cómo con esos poemas tan *finos* que escribía podía gustarme el béisbol.

4 Carpentier, Alejo; «Sobre La Habana (1912-1930)», en *El amor a la ciudad*; Alfaguara, España, 1997, pp. 140-149. El texto del artículo está tomado de una conferencia filmada por el ICAIC en 1973.

5 Diego, Eliseo Alberto; *Informe contra mí mismo*; Alfaguara, México, 1997, p.129.

6 *Invencción de La Habana*, de Emma Álvarez-Tabío Albo, que habré de comentar en otro momento, puede conside-

rarse uno de los primeros pasos en la instrumentación de tales perspectivas.

7 Diseñado por Ernesto Gómez Sampera y construido en 1956.

8 Equivalencia no en el sentido de construir al modo de edificios como el Focsa, el Someillán o el Naroca, sino en tanto que ausencia de un desarrollo urbano y habitacional competitivo con los paradigmas de hace más de cinco décadas.

9 Otro ejemplo de las actuales limitantes en cuanto a apropiación territorial de la ciudad (y del país) por parte de sus ciudadanos es la asunción del término *turista* como sinónimo de *extranjero*.

10 También la música: las incisivas crónicas habaneras de la orquesta Los Van Van han sido, quizás, la manifestación más inmediata de una relativa conciencia crítica sobre los cambios en el ambiente urbano y su incidencia en la vida cotidiana.